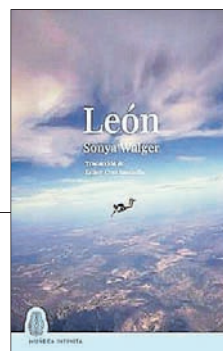
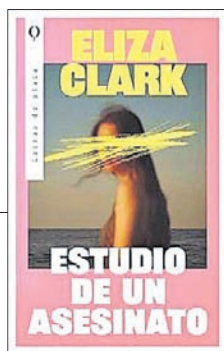


Estudio de un asesinato
Eliza ClarkTraducción de Carla Bataller
Letras de Plata
416 páginas. 21 euros**León**
Sonya WalgerTraducción de Esther Cruz Santaella
Muñeca Infinita
220 páginas. 19,90 euros

Con adolescentes, pero no juvenil

Eliza Clark construye un falso 'true crime' en 'Estudio de un asesinato', novela que incomoda y desborda etiquetas

No es raro que veamos las novelas protagonizadas por adolescentes como obras dirigidas al público juvenil, como si la edad de los personajes determinara automáticamente a quién van destinadas. Pero esa frontera —si es que puede trazarse con claridad— depende de otros factores. En *Estudio de un asesinato*, de Eliza Clark (Newcastle upon Tyne, Inglaterra, 1994), que el argumento gire en torno a una chica de instituto asesinada no implica que estemos ante una lectura pensada para jóvenes. Para que lo fuera, sería imprescindible que el lenguaje resultara más accesible y que la narrativa conectara con sus emociones y experiencias vitales. Y aunque podrían cumplirse ambas condiciones —más la segunda—, la profundidad con que se abordan los temas apunta más hacia una mirada adulta.

**MARTA MARNE**

Hay, sin embargo, un elemento que permite que esta obra interese a públicos de distintas edades: el formato. *Estudio de un asesinato* se presenta como un falso *true crime*, con un crimen ficticio, pero utilizando la estructura y los códigos propios de ese tipo de relatos. Encontramos transcripciones de podcast, entrevistas, crónicas e incluso algún fragmento narrado como ficción. El supuesto autor es Alec Z. Carelli, y desde la primera página se nos advierte de que varias personas lo han acusado de tergiversar sus palabras o de inventarse parte del contenido. Se establece así un doble juego de espejos: estamos ante un falso *true crime* que, dentro de su propio universo narrativo, también cuestiona su veracidad.

¿Y cuál es el crimen que se reconstruye? Carelli investiga la muerte de Joan Wilson, asesinada en 2016 por tres compañeras de instituto. La joven fallece tres días después de ser ingresada en el hospital tras haber sido quemada viva. Pero Clark no se limita a narrar el crimen: aborda temas como el acoso escolar, la misoginia, la homofobia, el racismo, el abuso sexual, el suicidio o las diferencias de clase. Más que un relato criminal, la novela se convierte en el retrato de todo el ecosistema social que configura el universo adolescente contemporáneo.

Ambientada en la década de 2010, la historia está atravesada por foros, páginas de Tumblr y espacios digitales donde la identidad se construye —y se destruye— constantemente. El acoso no desaparece: permanece en línea, adopta nuevas formas y contamina cada rincón de la vida de las protagonistas. Al mismo tiempo, emergen conflictos más antiguos: la presión social sobre las chicas para tener una única mejor amiga, las rivalidades por ese puesto, las inseguridades vinculadas al cuerpo, al deseo y a los cánones impuestos. Que las protagonistas sean chicas vuelve todo aún más denso: sin restar peso a lo que experimentan los chicos, la lista de exigencias sociales suele ser más larga y cruel.

Clark construye un artefacto narrativo que reproduce con precisión quirúrgica los códigos del *true crime* contemporáneo, al tiempo que los pone en crisis. La mezcla de formatos dota al texto de una verosimilitud perturbadora, que atrapa por la lucidez con que examina las violencias estructurales que atraviesan la adolescencia. Una novela valiente y turbadora, que desafía las etiquetas fáciles y obliga a mirar de frente aquello que muchas veces se prefiere ignorar.

**Eliza Clark**

Un padre que cae, a veces de pie

En 'León', su primer libro, Sonya Walger salda cuentas con lo autobiográfico, pero sin venganzas ni penitencias

Esta es la historia de una caída. De un gato, o de un padre, que tiene siete vidas, y no se cansa de caer. Siempre se va, como todos los padres literarios. Si no fuera propenso al abandono, no habría nada que decir sobre él. De acuerdo: sabemos que eso, tal vez, es mentira, porque también ha habido padres bondadosos (*Matar a un ruiseñor*), autoritarios (*Carta al padre*) o en estado de demolición (*Desgracia*, de J. M. Coetzee), pero Sonya Walger (Hampstead, Londres, 1974) quiere recordar al suyo como aquel hombre que nunca estuvo ahí, y que en esa ausencia se extendió sobre su vida como una mancha de petróleo. La autora nunca se decide, no sabe si condenarlo o salvarlo, y ahí está lo conmovedor del libro: que concibe el amor paternofilial como un intensísimo «ni contigo ni sin ti», que no admite ni venganzas ni penitencias; que, en fin, encuentra en su sinceridad a corazón abierto su única razón de ser.

**SERGI SÁNCHEZ**

Walger, que fue la Penny Widmore de la serie *Perdidos*, acomete su primer libro saldando cuentas con lo autobiográfico. Su prosa, de frase corta y puntuación urgente, va directa al grano, es de una simplicidad que bascula entre la contundencia y la desnudez. Al principio de la novela, puede parecer que ese estilo nace de una carencia: la carencia de las subordinadas o las adversativas, o lo que es lo mismo, la incapacidad por ir más allá del muro del punto y seguido. Pero no: se está forjando un ritmo, una estructura, del mismo modo que el relato de la vida del padre —Leónidas (León) Walger, que se rompió una pierna haciendo paracaidismo, que abandonó las 24 horas de Le Mans a la segunda hora de empezar, que fue preso en una cárcel española por un kilo de cocaína, que tuvo tantas amantes como sueños por cumplir— se combina a veces con el relato de la vida adulta y familiar de Sonya, como si para que avanzara esta tuviera que retroceder la otra, en un movimiento acuático, ondulante, de mareas que vienen y van, que evocan *Al faro*, de Virginia Woolf, novela que la autora admira.

Es este, pues, un libro fragmentario, que se pasea por todo el mundo (Lima, Londres, Buenos Aires, Madrid, Los Ángeles) como si persiguiera a su biografiado, cuando lo único que nos puede devolver de él son anécdotas, gestos, huidas, y hacerlo permanecer, como gran escapista que fue, en el misterio. Walger necesita expiar el conflicto de sus contradicciones, del vaivén emocional que le supone relacionarse con su padre: en una frase demuestra su irritación, «desesperada por dormir, por escuchar una simple pregunta de cómo me siento», y en la siguiente asegura que daría todo lo que tiene por pasar una hora más sentada con él a la mesa. Desde diversas edades, Walger recuerda episodios vividos con su progenitor —por ejemplo, un día en un catamarán navegando un mar embravecido— que nos ayudan a entender esa ambivalencia, que nos coloca, también como lectores, entre el rechazo y la fascinación. Es este, pues, el hermoso retrato de un padre que no sabe gobernar su existencia, pero que, en su errancia, arrastra a los demás a experimentar sus torbellinos. Y a través de él, aparece el verdadero tema de la novela, que Sonya le confiesa bien pronto a su madre: «Le digo que mi relato no es una medida de su fracaso, ni del fracaso de nadie. Que esto es un libro sobre el amor».

**Sonya Walger**